



Piovani, J. I. y Salvia, A. (2018). *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual. Encuesta Nacional sobre la Estructura Social*. Buenos Aires: Siglo XXI editores. 640 pp.

Por Hernán Mariano Amar¹

La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual es el nuevo libro coordinado por Juan Ignacio Piovani y Agustín Salvia y publicado por la editorial Siglo XXI. Se trata de un trabajo producido a partir del análisis de los resultados de la Encuesta Nacional sobre la Estructura Social (ENES), realizada en el marco del Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PISAC), y del que participan cincuenta unidades académicas de Universidades Nacionales con el apoyo desde 2012 del Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas (CODESOC) y el financiamiento del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva y la Secretaría de Políticas Universitarias de la Nación.

Situada en las coordenadas de la mejor tradición histórica de los grandes estudios sociales (desde Juan Bialet Massé hasta Susana Torrado, sin olvidar los aportes fundacionales de la obra de Gino Germani), y conocedora de tales condiciones de producción discursiva del campo de las Ciencias Sociales, la nueva investigación sobre la estructura social argentina en el siglo XXI se implementó a partir del diseño de un instrumento específico para tales fines (un cuestionario ómnibus que combinó indicadores clásicos y elementos innovadores), más exhaustivo y pormenorizado que las cédulas censales o los cuestionarios de encuestas del INDEC orientados hacia el conocimiento de las regularidades sociales locales. Con una mirada nacional, estructurada a partir de un relevamiento desarrollado en 339 localidades de todas las provincias argentinas, el trabajo coordinado por Piovani y Salvia ofrece un mapa que combina cobertura total y especificidad sobre la estructura y la movilidad sociales al captar algunas particularidades regionales para su comparación interterritorial:

La ENES focalizó, como población objetivo, el conjunto de hogares y habitantes de viviendas particulares en localidades a partir de 2000 habitantes. En la Argentina, esta es en general la definición de “población urbana”. (...)

Si se tiene en cuenta la población objetivo de la ENES, los resultados obtenidos del relevamiento permiten establecer conclusiones para el 91,1% de la población argentina, ya que a nivel nacional los habitantes que residen en localidades de menos de 2000 habitantes (no incluidas en la muestra) equivalen al 8,9% del total. (...)

La encuesta PISAC se basó en una muestra probabilística, estratificada y polietápica de viviendas particulares, diseñada a partir de los datos y la cartografía del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas de 2010.

En una primera etapa, una vez definidos los dominios de estimación, se seleccionaron 1147 radios censales de 339 localidades de más de 2000 habitantes de todas las provincias, los 24 partidos del Conurbano y las 15 Comunas de la CABA. Los radios fueron estratificados según la región/provincia, el tamaño de la población del aglomerado y el departamento (esto último sólo en los aglomerados de más de 100.000 habitantes).

Como variable de estratificación implícita se definió el nivel educativo del PSH a nivel de radio censal (media de PSH con educación universitaria y media de PSH con educación primaria o sin instrucción). (...) En una segunda etapa se seleccionaron viviendas particulares en terreno. (...)

¹ Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF) / hamar@untref.edu.ar

El relevamiento de datos fue realizado en gran parte durante el segundo semestre de 2014 y el primer semestre de 2015 por 329 encuestadores (docentes y estudiantes avanzados de Ciencias Sociales de las unidades del CODESOC) seleccionados a partir de sus antecedentes en una doble instancia (local y nacional) (Hoszowski y Piovani, 2018: 31, 32, 33 y 36).

Dados los alcances y efectos de lectura de la RELAPAE como revista académica y especializada sobre educación, se propone en esta reseña el análisis de pasajes sobre las trayectorias y capitales educativos, y las relaciones entre las juventudes, la educación y el trabajo. Para ello, se recuperan algunas ideas de las páginas escritas por Carina Kaplan y Juan Ignacio Piovani, y por Pablo Ernesto Pérez y Mariana Busso. Se reconoce, además, el respeto por el uso de algunos conceptos empleados en los estudios por tales investigadores (por ejemplo, clase social alta, media y trabajadora en Kaplan y Piovani o estratos sociales en Pérez y Busso).

En el capítulo 7 titulado *Trayectorias y capitales socioeducativos*, de la Parte II dedicada a las condiciones de vida y la materialización de derechos, Kaplan y Piovani sostienen que, a pesar del aumento de las tasas de escolarización de los sectores sociales históricamente excluidos de la escuela secundaria y la educación superior (sobre todo, a partir de la sanción e implementación de la Ley de Educación Nacional nro. 26.206/06), aún se reproducen fuertes desigualdades educativas. Estos autores definen la desigualdad como un fenómeno relacional y multidimensional relativo a la distribución diferencial de recursos, entornos, capacidades y oportunidades entre personas y grupos. La educación institucionalizada, entonces, es concebida por estos investigadores como parte de las condiciones de producción y reproducción de recursos materiales y simbólicos socialmente válidos (y legítimos) para la vida social, como por ejemplo, la distribución de tres formas de capital según la clase social y la residencia: el capital escolar, el capital de conocimiento en idiomas o lenguas extranjeras, y el capital tecnológico/informático. Analicemos algunos de los datos y conclusiones manejados por ellos.

Respecto al capital escolar, si se considera la sobreedad a los 19 y 20 años, un 34,3% de los adolescentes que asistía a establecimientos educativos aún cursaba los estudios secundarios. Si se lo corta por clase social, no se registraban jóvenes provenientes de hogares de clase alta en esta situación, pero sí en los adolescentes de hogares de clase media y de trabajadores: 10,1% y 16,4%, respectivamente. Por otro lado, los problemas de terminalidad teórica del nivel medio también mostraban diferencias a nivel regional, con tasas más altas en Patagonia, NEA, NOA y CUYO (en Patagonia, por ejemplo, mayor a 60%) y menores en GBA, Pampeana y Centro (en el Centro, por caso, apenas por encima del 20%).

Considerando el nivel educativo de la población a los 30 años y más, un 23,4% presentaba secundario completo, un 8,1% estudios terciarios y universitarios incompletos, y un 18,7% había culminado el nivel de la educación superior. Los estudios secundarios completos postulaban alcances similares en las tres clases sociales (entre 20% y 25%), pero las diferencias se agudizaban respecto al nivel terciario o universitario completo: 45% en la clase alta, 34,2% en la clase media y 12% en la clase obrera. Si se analiza por región, la información estadística muestra un porcentaje mayor de estudios terciarios o universitarios completos en la población de la CABA (36,8%) respecto a la de GBA (21,1%), Pampeana (19,1%), Patagonia (17,9%), Centro (17,8%), Cuyo (16,5%), NOA (16%) y NEA (14,7%).

Más allá de estos datos regresivos sobre la educación superior argentina, una tendencia positiva se consolidó en los últimos años: la presencia cada vez mayor de las mujeres en los estudios terciarios y universitarios. En el grupo de jóvenes de 18 a 24 años, sobre el total de estudiantes terciarios el 61,3% eran mujeres, y del total de alumnos universitarios el 59,6%.

La diferencia entre clases sociales explicaba el acceso desigual a la educación superior no universitaria y universitaria: mientras el 100% de la clase alta que accedía a este nivel se concentraba en las universidades, este porcentaje bajaba a 75% en la clase media y al 58% en la clase trabajadora. En el grupo de jóvenes de 25-29 años, la feminización era más notoria en los estudios terciarios que en los universitarios.

El capital de conocimiento en lenguas extranjeras sigue el mismo derrotero. En el nivel medio, las lenguas extranjeras no formaban parte del repertorio cognitivo del 50% de los estudiantes, con notorias diferencias entre las regiones: CABA cristalizaba un 32%, pero el NOA un 56,2% y el NEA un 68,3%. Los niveles intermedios o avanzados de un segundo idioma estaban más extendidos en los sectores de mayores recursos materiales y simbólicos, y que cursaban sus estudios en escuelas de gestión privada con jornada extendida.

Por su parte, el 72,7% de los adultos de 30 años y más manifestaba desconocimiento en el acceso y uso de otros idiomas: 37,7% de la clase alta, 57,2% de los sectores medios y 79% de los trabajadores. Si se comparan a los adultos con primaria

completa y estudios terciarios o universitarios completos, la brecha se tornaba más significativa: 90% frente al 43,8%, respectivamente. Con picos de 80% de desconocimiento idiomático no nativo para las regiones del NEA y el NOA, contrastando con el 56% de la CABA.

Al finalizar la escuela secundaria obligatoria, sólo el 5,5% de los adolescentes no poseían conocimientos informáticos. El 48,1% manifestaba contar con saberes intermedios y avanzados. De todos modos, las diferencias en los usos del capital informático/tecnológico operaban según los grupos y clases sociales: mientras todos los adolescentes de hogares provenientes de la clase alta reconocían un nivel intermedio o avanzado de saberes informáticos, sólo el 48,4% enmarcado en la clase obrera registraba esta respuesta.

En los jóvenes de 18 a 29 años con estudios terciarios o universitarios completos, el 90% manifestaba conocimientos informáticos y tecnológicos. Con una disminución significativa en las regiones del NEA y el NOA, que oscilaba entre el 15% y el 20%. En la población de adultos de 30 años y más, el 39% no poseía manejo de ordenadores y dispositivos tecnológicos, con tasas mayores para la clase trabajadora (45,7% frente al 24,7% de la clase media y 14,2% de la clase alta) y las regiones del NOA (56,4%) y el NEA (55,7%) ante la Patagonia (32,7%).

Kaplan y Piovani concluyen que las generaciones más jóvenes presentan niveles educativos formales más altos que los grupos de mayor edad, pero aún persisten fuertes desigualdades educativas fundamentalmente según la clase social y la residencia. Las mayores oportunidades y ventajas educativas se concentran en la CABA, y los mecanismos de selección/eliminación ya no se generan en los pasajes de un nivel educativo a otro, sino en el interior de los nuevos tramos escolares que se reconocen oficialmente como obligatorios o susceptibles de expansión y democratización.

En el capítulo 18 sobre *Juventudes, educación y trabajo*, ubicado en la parte III titulada Composición, prácticas y estrategias de los hogares, Pablo Ernesto Pérez y Mariana Busso explican las relaciones complejas y dinámicas entre los jóvenes, el capital cultural institucionalizado y las posibilidades de inserción en los mercados ocupacionales. Así, para estos investigadores, la condición de actividad de los jóvenes de 15-24 años de edad según el nivel de educación formal alcanzado muestra que las tasas de empleo y desocupación hasta secundaria incompleta alcanzaban el 30,1% y el 19% respectivamente, mientras que para los estudios terciarios o universitarios completos representaba en ese orden el 64,9% y el 4,7%. Esta información estadística presentaba correspondencia relativa con los estratos sociales, dado que el 45,4% de los jóvenes de 19-24 años de los grupos de bajos ingresos no había completado la escuela secundaria y sólo el 29% alcanzaba los estudios terciarios o universitarios, frente a unos sectores de altos ingresos que no completaban el nivel medio en un 28,2% y accedían a la educación superior en un 46,5%.

De todos modos, advierten estos autores, el título educativo ya no funciona como garantía de acceso al empleo, sino como una credencial que ofrece mejores posibilidades de inserción ante la menor generación de propuestas laborales que, por su parte, exigen cada vez mayores constancias de educación formal aún sin requerir la posición algunas destrezas calificadas.

Por último, según Pérez y Busso, la condición de actividad y calidad del empleo de los jóvenes de 15-24 años también está desigualmente distribuida según las regiones y el tamaño de los aglomerados. Mientras el 62,1% de los jóvenes de 18 a 24 años formaba parte de los trabajadores sin aportes, el empleo no registrado en GBA arribaba al 42% frente al 65,5% de Patagonia, Centro y Pampeana, y el 81,2% del NEA, NOA y Cuyo. Es decir que la posibilidad de acceso a un empleo formal disminuía en las regiones más pobres del país.

Para estos investigadores, el nivel de educación formal explica una parte importante de las diferencias de inserción laboral de los jóvenes de orígenes sociales desiguales. Pero, a un mismo nivel educativo, la pertenencia a grupos y clases sociales de mayores recursos materiales y simbólicos aumenta las posibilidades de acceso a un empleo estable, formal y bien remunerado. Esto puede explicarse porque, a medida que se asciende de posiciones, las personas y los grupos cuentan con mayor capital social, con redes de relaciones e influencias que funcionan como mecanismos de tracción de la movilidad social, sobre todo en condiciones económicas y sociales no tan favorables o adversas.

A modo de cierre, se puede enunciar que la nueva investigación sobre la estructura social argentina a principios del siglo XXI, coordinada por Juan Ignacio Piovani y Agustín Salvia se torna de lectura indispensable para los campos intelectuales locales y sus amagos epocales recurrentes estructurados por las variantes enunciativas de las ideologías carismáticas: aquellas que sostienen que los éxitos/fracasos se explican por la posesión/desposesión de dones, talentos y méritos individuales, y que los sujetos construyen sus posiciones sociales a partir de las elecciones personales ajenas al peso de las condiciones históricas

(políticas, económicas, sociales y culturales). Como demuestran los investigadores reunidos en este libro editado por Siglo XXI, la sociedad presenta regularidades empíricamente observables, susceptibles de ser traducidas (construidas) bajo la forma de estadísticas, y capaces de explicar las orientaciones constantes de algunos fenómenos sociales.

No somos sujetos fatalmente determinados por las coacciones objetivas (externas), por aquello de que no es dable sumergirse en reduccionismos ni explicaciones lineales varias, y porque además los agentes/agencias algo hacen con esas estructuras sociales. Mas es válido decir que aún algunas variables clásicas como el grupo, la clase social y la residencia permiten explicar, no sin mediaciones, las estrategias y prácticas de producción/reproducción sociales. Tal como nos recuerdan los ecos de las obras de Karl Marx, Emile Durkheim, Paul Lazarsfeld, pero también en cuestiones de educación institucionalizada y capital cultural Pierre Bourdieu y Jean Claude Passeron de *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*, obra publicada en lengua original en 1964.

Fecha de presentación: 23/5/2018

Fecha de aprobación: 30/5/2018